

CAPÍTULO XV.

POLÍTICA DE PIO IX EN LA INAUGURACION DE SU REINADO; REVOLUCION DE ROMA.

Pio IX se sentó en la silla pontificia en uno de los períodos mas difíciles de gobernar á los pueblos turbulentos de la Italia. El cariz de los asuntos políticos de aquella Península hacia necesaria una accion decidida y esforzada. Era indispensable que los príncipes adoptaran un sistema eficaz de gobierno, y que desarmaran la fuerza moral obtenida por los revolucionarios en los clubs, ora por medio de la resistencia absoluta, ora por medio de una transaccion con las aspiraciones de las masas, que pudieran legalizarse.

El primer sistema era el mas cómodo; contener la revolucion por la fuerza material es tarea fácil, si se posee la fuerza para ello, y si hay medios de cerrar los focos de donde emana la pestilencia de las ideas y de los sentimientos, coartando el espíritu demagógico al propio tiempo que se desarma su brazo. Pero, si los Gobiernos carecen de fuerza material suficiente y organizada, y de autoridad é influencia para cerrar la válvula de la propaganda antisocial, entonces es inútil el arrojó político.

Preciso es confesar que los príncipes italianos no se han distinguido en lo que de siglo llevamos recorrido, ni por la energía, ni por la prudencia, dos virtudes que constituyen la bondad del Gobierno. La autoridad en Italia se halla muy léjos de la altura en que debe ostentarse. La debilidad y el capricho predominan en los sistemas gubernativos, excitando con el arbitrarismo las proclamaciones virulentas de los súbditos y favoreciendo con su flaqueza las intentonas de los ambiciosos y descontentos.

Italia soñaba años hace en lo que ella denomina *la resurreccion de su libertad*; y á la satisfaccion de esta esperanza consagraba sus esfuerzos. La opinion pública de Italia llegó á impregnarse de un sentimiento de indepen-

dencia nacional, el que si hubiera sido bien intencionado y dirigido, podia dar origen á heróicos actos y edificantes escenas populares,—porque el amor á la patria es una virtud—si bien que, explotado por las pasiones perversas y por los hombres turbulentos, constituia una duradera tempestad que sostenia la agitacion y la zozobra.

Pacificar los ánimos por la fuerza era, pues, difícil empresa, porque la agitacion estaba en las ideas; habia un ensayo que hacer, y era, conceder á los descontentos todo lo que era posible concederles dentro de la justicia, de la dignidad, del decoro y del órden, á fin de quitar á la revolucion anárquica todo pretexto, ya que ninguna razon ó causa sólida tenia, para lanzarse al camino de sus locuras.

Quizá esta empresa es mas difícil que la primera, por mucho que aquella lo sea; empero la Providencia suscitó á Pio IX, hombre de corazon impávido y Pontífice de virtudes admirables, para que, al abrigo de toda sospecha de maridaje con las malas doctrinas, pudiera hacer el grande y trascendental ensayo de las concesiones espontáneas que, si salia favorablemente, pudiera dar á la política una nueva direccion, y si no fuera provechoso el resultado serviria de leccion y desengaño á los políticos venideros de buena fe.

Pio IX, adornado de extraordinarias cualidades, fue el hombre providencial para hacer la grande prueba.

En el momento de aparecer Pio IX en el solio de san Pedro, algunos se esforzaron en convencer al pueblo, que el nuevo Papa llevaba al poder ideas contrarias á su antecesor.

Nada mas inexacto.

Pio IX no podia abrigar propósito alguno de oposicion á la conducta de Gregorio XVI, el que impulsado por un celo apostólico admirable habia defendido los derechos é intereses de la Iglesia con edificacion universal. Empero, el nuevo Papa se hallaba, respecto á la política, en situacion mas despejada y libre.

La diplomacia europea, como es sabido, formuló un *memorandum* sobre el Gobierno romano, al que se le dió cierta solemnidad é importancia. Los Gobiernos, quizá para distraer la atencion de los revolucionarios de sus respectivos países, llamaron las miradas hácia Roma, sobre cuya situacion lanzaban sentimentales ayes y gemidos. El *memorandum* europeo era la imposicion de una política determinada al Papa, el que no podia adoptar la política que se le aconsejaba bajo la presion moral de un documento tan grave, so pena de abdicar á la vez su autoridad y su dignidad.

La Europa no hizo mas que crear un gran embarazo á Su Santidad, y atarle las manos, imposibilitando ciertas reformas que despues del *memorandum* hubieran nacido desvirtuadas.

Por donde se ve que las circunstancias de Gregorio XVI eran diversas de las de Pio IX, quien al llegar al trono de sus antecesores, como á nuevo que era en el estadio del poder, no tenia traba ni compromiso, y, por lo tanto, sus disposiciones habian de ser reconocidas como á hijas de la espontaneidad.

Pio IX, papa que Dios habia hecho elegir, sin dar ni siquiera tiempo á la diplomacia para ponerse de acuerdo sobre la actitud que le convenia tomar en el conclave, no dió tampoco tiempo á los políticos de formular ninguna queja, ni ningun consejo, como temiendo encontrarse de repente en la situacion penosa de Gregorio XVI.

Á nadie ocultó el reciente Papa su propósito decidido de estudiar la administración, y de llevar á ella cuantas modificaciones justas pudieran hacerse en consonancia con los adelantos naturales en ciertos ramos obtenidos.

La política era susceptible de cierta expansion; una cámara consultiva, un sufragio popular con garantías de probidad, una libertad de la prensa moderada por la que se dilucidaran las convenientes reformas y leyes políticas, un testimonio de confianza al pueblo, adicto tradicional de la Santa Silla; concesiones eran que bajo la tutela y vigilancia de un Pontífice fuerte y simpático, equitativo y prudente, podían dar excelentes resultados, y atraer al buen camino á muchos que se manifestaban menos adictos á la Santa Silla, porque á fuerza de oírlo ó leerlo en novelísticas producciones, llegaron á imaginarse que el Pontificado era el Gobierno de la parálisis.

Pío IX quiso demostrar al pueblo que no temía la libertad siempre y cuando el hombre, al usar de ella, respetara las bases fundamentales del orden humano y divino; quiso demostrar, y demostró, que el Papa puede andar también con el siglo, siempre y cuando el siglo no ande por caminos opuestos á la verdad y á la moral del Señor.

Desde su advenimiento el pueblo romano descubrió en el nuevo Papa estos rasgos angelicales, que á pesar de haberlos contemplado el mundo veinte y cinco años continuos, todavía producen igual admiración en los corazones imparciales y levantados. Esto, unido á los proyectos que en la primera hora se le atribuían, produjo una explosión de entusiasmo en favor de Pío IX.

Nunca pontífice alguno fue tan aclamado y glorificado como el que venía destinado por la Providencia para apurar la copa de las amargas ingratitudes y sinsabores.

No desconocemos que la actitud tomada por Pío IX estremeció á muchos adictos á la causa católica. El mal uso que han venido haciendo los pueblos de las concesiones otorgadas por el poder engendra un horror profundo á cuanto revele espíritu de expansion ó tolerancia. Como por desgracia tras de una reforma aparece siempre una revolución, y toda revolución representa una destrucción no compensada, de ahí el que muchos, la mayoría de los hombres de orden, estén irreconciliablemente reñidos con el cambio de organización política ó económica de un pueblo.

Sin embargo, la misión de los gobernantes es sobreponerse á las preocupaciones, ya sean originadas por un temor excesivo, ya por un arrojo imprudente. El poder debe examinar con ánimo sereno la situación de los súbditos, y con criterio elevado y espíritu imparcial distinguir los votos que merecen ser satisfechos de los que no representan otra cosa que una pasión mezquina ó un interés particular.

Pío IX comprendió que era difícil la situación en que subía al poder, porque los tiempos crean necesidades, cuya satisfacción es á veces justa, aunque siempre expuesta á herir sagrados derechos y legítimos intereses. Revistióse de la gran virtud de los reyes, que es la prudencia, para establecer sobre bases sólidas su política, que de ninguna manera podía atribuirse á pasión personal, ni á sistema determinado; porque otra de las relevantes cualidades de Pío IX es que, durante su gloriosa carrera, antes de empuñar el cetro, había permanecido completamente ajeno á la política.

No, no era Pío IX un hombre político; no había manifestado opinión favorable ni contraria á ninguno de los dos partidos que en mayor ó menor escala

se desarrollan en toda nación. Concretándose al cumplimiento de su ministerio sacerdotal y episcopal, habíase manifestado misericordioso, caritativo, expansivo, amigo del bien, protector de todas las miserias, apóstol; empero, ni el espíritu apostólico, ni el sentimiento divino de la caridad, ni las entrañas llenas de misericordia pertenecen al carácter político. El puesto oficial que había desempeñado en Chile, y que á simple vista puede ser considerado como político, no era más que sencillamente diplomático, y en Roma, sobre todo, la diplomacia y la política son dos cosas muy distintas.

El objeto de la diplomacia romana es salvar los principios é intereses religiosos de las demás naciones; de ahí que nuncios apostólicos hay que no han tenido jamás ninguna especie de participación en la marcha política de los acontecimientos. Limitáronse á cumplir los deberes de su misión respectiva, llevando en las gestiones internacionales un criterio exclusivamente religioso.

Pío IX en Chile fue impulsado únicamente por su amor á la causa católica.

Al subir al trono pontificio no venía ligado á ningún sistema, ni á ningún compromiso; era un Papa del todo independiente, condición favorable para la perfecta imparcialidad de gobierno.

Su primer intento fue examinar la situación de su pueblo y la situación general de las naciones.

Vió que la administración y el régimen del pueblo romano eran susceptibles de algunas mejoras, y se propuso hacerlas, convencido que para dejar de hacerlas no era razón suficiente el que las reclamaran los que de ellas no eran merecedores.

«En estos momentos críticos, decía un ilustre escritor, al ocuparse del período inaugural de la política de Pío IX (1), en que un paso mal dado puede acarrear graves consecuencias, lo primero que ocurre al instinto de conservación es no moverse en ningún sentido, mantener con rigor el *statu quo*, amenazar con la muerte á quien ose perturbarle, intimidar con la sospecha á quien aconseje la reforma. Además, en las revoluciones modernas hay tan terribles escarmientos, la palabra reforma ha sido tantas veces sinónima de destrucción, y la libertad de licencia, que se concibe muy bien la alarma que estos nombres pueden producir; se concibe muy bien que ocurra la idea de encerrarse inexorablemente en un sistema de salir de allí por exigencias, ni sin ellas, de no hacer nada que los perturbadores hayan de aplaudir, para no llegar á nada de que puedan abusar. ¿Se sabe de antemano que con nada se han de contentar ciertos hombres? pues, no concederles nada para que no se envalentonen; ¿se sabe que procurarán extraviar los sentimientos más generosos del pueblo? no hacer, pues, nada que pueda dar vuelo á estos sentimientos; ¿se sabe que han de abusar de los nombres más sagrados? no emplearlos, pues, en ningún sentido; ¿se sabe que si se abre una ventana para respirar han de querer una brecha? cerrar, pues, herméticamente todas las puertas; ¿se sabe que, si se encienden más luces para alumbrar, querrán teas para incendiar? No aumentar, pues, la luz de ninguna manera, y resignarse á la pálida claridad de un panteón para evitar las llamaradas de un incendio.

«Esto dice el instinto de conservación; esto dice también la indignación, justa si se mantiene en los debidos límites, y excusable hasta en sus extra-

(1) Balmes, Pío IX, cap. VIII.

víos, cuando se ve el designio de destruir en nombre de la reforma, de oprimir en nombre de la libertad, de verter sangre en nombre de la humanidad, de dilapidar en nombre de la economía, de propagar el error en nombre de la ilustración, de corromper la moral en nombre de los mas nobles sentimientos, de pagar con ingratitud todos los beneficios, de sumir en un piélago de desastres á los pueblos incautos, de condenar al ostracismo y hasta de llevar al cadalso á los soberanos bondadosos. Indignacion justa cuando se mantiene en los debidos límites, y excusable hasta en sus extravíos cuando se ve á ciertos hombres que buscan afanosos donde hay un error que sostener, una maldad que justificar, una injusticia que defender, para acudir presurosos, y profanando los santos nombres de humanidad y de libertad, á combatir toda libertad que no sea licencia, atacar toda buena accion que no lleve el sello de impiedad, mofarse hasta del heroismo si no consiente el baldon de entrar en inícuo alianza contra lo que hay de mas santo en la tierra y en el cielo. Esto dice la indignacion; pero ¿qué dice la razon?

«En la vida de las sociedades, como en la de los individuos, en el trato privado, como en el manejo de los negocios públicos, es preciso resignarse á encontrar siempre una mezcla de bien y de mal, el abuso cercano al uso, ingratitud al lado del beneficio, exigencias desmesuradas en compañía de pretensiones justas, ilusos arrastrados por los inícuos, riesgos al lado de esperanzas, necesidades junto con inconvenientes, lo peor en los confines de lo mejor. Tal es la sociedad, tal es el individuo; pero ¿dejarémos de hacer beneficios por no hallar gratitud, renunciaremos á toda amistad para no tropezar con la perfidia, abandonaremos el trato de los hombres y los negocios de la vida, para evitar la iniquidad y las debilidades de los hombres y no sufrir los contratiempos de las cosas? Y quien esto hiciese ¿no debería recordar que él tambien es hombre, y que á su vez abunda de miserias, no le faltan debilidades, y quizá no está exento de injusticia? ¿No debería considerar que en queriendo evitar todo mal se ve en males mayores? ¿No debería reflexionar que si los malos son los mas, será difícil resistirles mucho tiempo; y que si no lo son, no hay inconveniente en unirse con los buenos para hacer con ellos el bien y resistir á los malos? ¿No debiera reflexionar que el modo seguro de que los pretextos se hagan poderosos es dejarles que se conviertan en verdaderos motivos, y que el seguro camino de agravar el mal es no pensar en aplicarle remedio, no poner el dedo en la llaga por temor de irritarla, y que se corre peligro de levantar contra sí á los mismos buenos, abriendo campo á ilusiones peligrosas con dejar intactos los abusos por temor de perder el uso legítimo?»

Sin duda, no serian otras en el fondo las consideraciones que se hiciera Pro IX antes de resolver la línea política que recorrer se propuso. Ellas son sensatas y conducen á la práctica de una política prudente que, adoptada espontáneamente por un Papa y secundada por la cristiandad, habia de dar resultados admirables.

La ocasion era oportuna, y nos atrevemos á decir que los resultados obtenidos por la política expansiva de Pro IX han sido de la mas trascendental eficacia.

Algunos recordando á Gaeta nos dirán: Pues ¿y la revolucion que estalló? ¿y el destierro, y Gaeta? ¿No representa aquello un desengaño mas bien que un éxito?

Guardémonos bien de fallar ligeramente esta cuestion. Sin las reformas, que eran justas en el fondo—pues nadie se atreverá á negarlo,— y para nosotros oportunas en sus circunstancias, el Papa ¿no habria tenido que ir á la expatriacion? La revolucion ¿se hubiera contenido en Roma, cuando no se contuvo en Viena y en París? Tras de la revolucion y de la república francesa ¿nada hubiera sufrido el trono del Papa? Muy problemático es el cálculo de los acontecimientos que sobrevinieran, á ser otra la política adoptada por Pio IX.

No obstante, concedamos que el gran Pontífice se hubiera ahorrado la expatriacion, y Roma la revolucion; las molestias y las pérdidas ocasionadas por aquella revolucion y por aquel destierro ¿han tenido ó han dejado de tener su eficacia?

Esto es lo que nos proponemos dilucidar, porque constituye una de las mas fecundas cuestiones de la filosofía de la historia contemporánea.

La política de Pro IX refutó evidentemente uno de los cargos que al Pontificado se dirigian.

El Pontificado, se decia, es una institucion parásita; no marcha, porque sus principios le impiden marchar; la parálisis es su ley.

Pues bien, Pro IX, abrazando las reformas de que nos ocuparemos, dió un mentís á estas ideas: «Veréis como el Pontificado sabe marchar,» dijo prácticamente, y «veréis tambien que si no prosigue la marcha que emprende, es porque se le crean obstáculos que el honor y la justicia no pueden superar.»

La existencia de un Papa reformador en política hizo enmudecer á los que pregonaban la incompatibilidad del Pontificado con el progreso, y la expatriacion y persecuciones del Papa reformador demostraron hasta la evidencia de qué parte se halla la responsabilidad de la suma parsimonia de los Papas en el camino de las modificaciones políticas.

Pio IX desarmó, pues, á los enemigos del Papismo, que fundaban su oposicion en la inercia pontificia; atrayéndose las simpatías de cuantos deseaban que el Jefe augusta del Estado romano demostrara con su actitud el espíritu de conciliacion de la Iglesia con las aspiraciones legítimas del siglo.

Nadie desconoce la suma trascendencia de este resultado. Los quebrantos momentáneos y transitorios son de poco valor, por considerables que sean, cuando se obtiene un triunfo moral. Pio IX, y con él el Pontificado católico, lo obtuvo completo desde el momento que dijo á su pueblo: Te doy todo lo que te puedo dar, te concedo cuanto me es posible concederte, voy contigo hasta las fronteras de lo conveniente y de lo justo; un paso mas seria la abdicacion de mi autoridad, de mi dignidad y de la justicia que represento.

Lo innegable es, que contra el Gobierno de Pio IX no ha podido formularse cargo alguno de incompatibilidad con los adelantos materiales y administrativos de la época, y que cuando ha llegado la hora de que un monarca ambicioso se arrojase sobre sus Estados, ha debido confesar el *Non invenio causam*, y la ruina de los Estados pontificios se ha justificado solo por el *Oportet unum mori pro populo*. El pueblo italiano, ó sea la parte efervescente de la plebe italiana, ha dicho: Perezca el reino pontificio para que viva el imperio de la Italia; y el monarca ejecutor de la sentencia popular ha dicho: Perezca. Hé ahí todo.

La inocencia del Pontificado se confirma por el silencio de los usurpadores de su poder.

La actitud política del gran Papa inspiró algunas notables consideraciones al difunto Arzobispo cardenal de Lyon, primado de las Galias. La autoridad y la gloria del eminentísimo de Bonald, tan célebre por su talento y virtudes personales como por la honra hereditaria de su nombre, las revisten de especial interés.

En una pastoral expedida con motivo de los acontecimientos de Roma en el período inaugural del pontificado de Pio IX decia el sábio Arzobispo:

«Hace algunos años, hermanos nuestros carísimos, que la prensa con sus cien voces y en todos los idiomas nos está repitiendo que la religion católica ha bajado al sepulcro con sus instituciones, su influencia y sus tradiciones; que anda errante en medio de nosotros, cual dolorida sombra que echa de menos un poder que ya no existe y una grandeza eclipsada para no volver mas. Algunos escritores, concediéndole todavía un resto de vida pronto á extinguirse, rodean su lecho de muerte, anunciando en tono dogmático que se halla ya en la agonía y está á punto de espirar. Todavía saludan una vez á esa reina que se huye, y en sus últimos momentos le consagran hipócritas lamentos. Y sábios son los que pronuncian esas palabras proféticas; y sábios que empuñan el cetro de la historia y de la poesía los que con elocuente pluma trazan ese sombrío cuadro; é incansables investigadores de los secretos de la naturaleza son los que con el acento de la compasion desean ya con ansia tierra ligera á la que conservó el depósito de todas las ciencias; y grandes espíritus, por último, son los que piensan que el gas y el vapor, mas bien *que la justicia, elevan las naciones*, y que la Iglesia católica, no pudiendo ya nada en favor de ellos, debe retirarse al lugar de su descanso y dormir su sueño.

«Mientras esos literatos y esos sábios pronuncian tales oráculos, y con sus cantos fúnebres celebran las exequias de la religion, levántase de su antigua silla un Pontífice de esa misma Religion, pronuncia algunas palabras, traza rápidamente algunas líneas, y el mundo indiferente sale de su estupor, y con sus literatos, con sus sábios, con sus profetas y con sus grandes se inclina ante el representante de aquel que es *el camino, la verdad y la vida*.

«Los pensadores y los filósofos del siglo pasaban por delante del Papado moviendo la cabeza, y diciéndole, como los judíos á JESUCRISTO clavado en la cruz: «Si vienes de Dios, sálvate á tí mismo.» Creyendo haber sellado ya el sepulcro del Catolicismo, se daban la enhorabuena de poder ya marchar tranquilamente por la senda del progreso, sin volver á encontrarse con esa Iglesia cuya moral era para ellos tan importuna, y cuya voz habia tantas veces contrariado sus pasiones: cuando hé aquí que el Jefe de esa Iglesia tiene todavía valor para hablar, para escribir, para mandar; en una palabra, para vivir y dar el soplo de vida á lo que no la tenia, y reunir lo que estaba disperso, é intentar lo que ningun otro poder podría intentar. Los detractores del Papado se ven condenados á encomiar los actos de un Papa; su pluma tan orgullosa se ve reducida á hacer la apología del Obispo de Roma, del Jefe de la Iglesia católica, del soberano Pontificado.

«¡Qué espectáculo para el mundo! ¿No podría decirse que los acontecimientos que pasan en la península italiana son el cumplimiento de aquellas palabras de la eterna Verdad: *Desconcertaré la sabiduría de los sábios y desecharé la ciencia de los eruditos*? Un rey-pontífice, cuyo gobierno parecia á nuestros mas adelantados hombres de Estado el tipo del mas incurable abso-

lutismo, ha comprendido la verdadera libertad; y no esperó que ella fué á él, él es quien sale á su encuentro. Pio IX la ha introducido en sus Estados; la ha consagrado marcando su frente con el sello de la cruz, y la ha hecho subir sobre su trono, no para asustar á las naciones, sino para que reinase pacíficamente con él, y con él hiciese la dicha de sus súbditos. Dedicado enteramente á su obra reformadora y con unas miras que la Religion especialmente puede inspirar y dirigir, quiere este gran Papa que toda cabeza se incline ante la ley, que el privilegio no sea para nadie un escudo con que guarecerse, y que no se agote la fortuna pública con vergonzosas dilapidaciones ó imprudentes larguezas. Léjos de rechazar las mejoras introducidas por los tiempos modernos, convida á sus hijos á que de ellas gocen como los demás pueblos, y con sábias medidas combate la pereza y la miseria que en los Estados solo pueden engendrar turbaciones y ruinas. Así las poblaciones bendicen agradecidas las sábias y pacíficas reformas emprendidas por el Jefe de la Iglesia, y llenas de confianza, dóciles y tranquilas, se abandonan á la direccion de aquel que, á pesar de su debilidad, puede todavía remover el mundo sin provocar ni temer las agresiones de nadie. Saben que en favor de la libertad verdadera y cristiana puede el sucesor de san Pedro lo que en favor de ella jamás podrán las potencias que tienen toda su esperanza en sus numerosos soldados, en los disparos de su artillería y en la habilidad de su política.

«El clero, carísimos hermanos nuestros, se asocia enteramente al pensamiento fecundo y santamente liberal de Pio IX. Contempla con santo orgullo y sincero gozo la lucha gloriosa de su augusto Jefe contra todos los abusos, contra la pusilanimidad de los unos y el pérfido envalentonamiento de los otros; contra la timidez que retrocede ante todos los obstáculos y la audacia que todo quiere intentar. ¿No tendríamos derecho por consiguiente para admirarnos al oír á un grave legislador acusar á los obispos y al clero todo *de haberse pronunciado contra el Papa y de querer entorpecer y poner obstáculos á su marcha*? Pero ese legislador ¿ha dirigido la palabra siquiera una vez á un obispo, á un sacerdote, para haber penetrado tan bien su pensamiento? No teme asegurar que *el Papa estaba solo, absolutamente solo*; pero ¿podríamos imaginarnos que de unos labios que dictan leyes saliera semejante calumnia? ¡Oh! no se sirve la causa de la libertad engañando á los pueblos con aserciones mentirosas é injustas.

«No, el Papa no está solo: el clero y los fieles sumisos á su autoridad espiritual están con él para bendecirle y alentarle á proseguir el curso de las emprendidas reformas, para consolarle en las penas inseparables de su mision, y para alcanzar del cielo con sus votos y oraciones el don de fortaleza para nuevos combates, y el don de entendimiento para que comprenda todas las necesidades de su pueblo.

«No, el pueblo no quiere poner obstáculos á Pio IX en la carrera que tan gloriosamente recorre. Quiere secundarle con todos sus esfuerzos y con todo el fervor de sus oraciones, á fin de que ese gran Pontífice reciba durante su reinado la recompensa de su abnegacion, viendo consolidarse su obra reformadora, asentarse el orden público sobre las sólidas bases de la igualdad ante la ley, de la justicia en el repartimiento de los cargos, y de la economía en la administracion de la hacienda pública; pero, sobre todo, viendo la ley del Señor fielmente observada y la Religion y la moral circundadas del res-

peto que el Cristianismo inspira. ¡Ojalá que nuestro comun Padre, *puesto siempre en guardia contra los elogios de la traicion*, y no conociendo otro temor que el de Dios, consiga el éxito que merecen sus puras intenciones, y triunfe en todas sus empresas sin experimentar las amarguras de la ingratitude!

«No dudo, hermanos nuestros carísimos, que vendréis á nuestros templos á orar con vuestros pastores por el Pontífice á quien la Providencia en su misericordia confió la direccion y gobierno de la Iglesia, y colocó sobre el trono para mostrar á los pueblos y á los reyes lo que para la felicidad de las naciones puede la sincera alianza de la Religion con la libertad.»

Tales son las apreciaciones de una de las lumbreras de la Iglesia contemporánea de Francia, acerca de la actitud tomada por el actual Pontífice. Ellas expresan perfectamente el criterio de los pensadores mas imparciales de aquella época. El lenguaje y el asentimiento del Episcopado fueron una garantía de acierto para el nuevo Soberano de Roma, el que, despues de haber emprendido de buena fe el camino, se manifestó dispuesto á seguir por él con levantado ánimo, á pesar de las grandes dificultades.

Otro prelado, víctima despues de un generoso arranque de caridad, el Excmo. Sr. Affre, dirigió á sus fieles sus instrucciones pastorales con motivo de los extraordinarios acontecimientos del mundo católico en aquellos dias. Sus palabras, que un autor ilustre califica de *testamento de un mártir*, consideran la cuestion desde el verdadero punto de vista:

«La Iglesia, dice, amiga de todos los poderes regularmente establecidos, porque vienen de Dios, no ha cesado de recomendar con lenguaje lleno de moderacion y respeto la dulzura en los mandatos, la mas severa equidad y toda la libertad que las costumbres, carácter é intereses de las respectivas naciones permiten. Así es que, cuando á fines del siglo XVIII Luis XVI convocó á los representantes de la nacion, los sucesores de los obispos y los oradores cristianos, que habian predicado y dirigido austeros consejos y máximas á nuestros antiguos reyes, consagráronse con no menos afan que las demás clases sociales á votar amplias y saludables reformas. Y por esto cuando el mundo entero se calló ante un nuevo Alejandro, débiles obispos levantaron sus protestas, en nombre del derecho y de la libertad, en favor del Jefe de la Iglesia (1). Si en otras épocas no han dejado oír su voz, debe atribuirse solo á que, faltando el necesario acuerdo, las franquicias y libertades, que pudieran ser un inmenso beneficio, fácilmente degeneraran en manantial fecundo de desórdenes, en un medio de envilecer la autoridad, y mas ó menos tarde en cadena de la libertad misma.

«La libertad, que concedida por los soberanos á tiempo, con prudencia y conveniente medida, habria afianzado el trono y atraído sobre los reinados la bendicion, cuando los pueblos se la han tomado con violencia, ha sido una conquista ruinosa y casi siempre incierta. Para evitar los abusos de una autoridad sin contrapeso han sufrido los mayores abusos de la licencia, y para sustraerse á los males y al despotismo brutal de unos se han arrojado bajo el yugo de un poder mas absoluto todavía que el que las pasiones despedazaran con ira.

«Si los pueblos salidos de ambas situaciones extremas no se hallan todavía libres de toda aprehension, ¿no es debido á que el origen de sus liberta-

(1) Véanse las actas del Concilio de 1811.

des fue fruto de lamentables divisiones, que á su vez tuvieron por móvil las pasiones anticristianas? El orgullo sugiere á unos el deseo de subir, siempre con el pretexto de que jamás hay bastantes leyes restrictivas para proteger el orden, y á los otros les aviva la aspiracion de no sufrir autoridad alguna, con el pretexto de que toda autoridad tiende á encadenar las libertades mas inofensivas y necesarias.

«No ha acontecido así con el gran Papa, el que, dando la libertad á su pueblo, ha hecho de esta concesion un objeto de reconocimiento, y ha añadido con esta nueva fuerza y prestigio á sus derechos de soberano. Hé ahí el motivo que debe disipar los temores que pudiéramos concebir si nos limitáramos á interrogar los monumentos de nuestra historia.

«Y en el entre tanto, ¿qué nos incumbe hacer sino elevar nuestros corazones y nuestras manos al cielo? Atended, Señor, á nuestro amadísimo Pontífice en medio de las tribulaciones que pueden suscitarle sus generosos proyectos. Confírmale en ellos, dadles el triunfo, puesto que, segun los designios de la Providencia, ellos no solo deben servir para realizar reformas útiles, sino tambien para asegurar la libertad de vuestra Iglesia, y hacer mas fácil la propagacion del Evangelio. El amor que inspira el prudente Reformador de las leyes humanas atraerá la bendicion sobre la prudencia cristiana que le anima.

«Los pueblos católicos se persuadirán mas y mas de que para poseer una libertad política estable y sin tempestades, es preciso tomarla de la fuente de que emanó, para emancipar el imperio romano y los pueblos bárbaros. Hoy, como antes, el Cristianismo es el único que puede preservarnos de la tiranía ignominiosa de las pasiones, que prepara á los pueblos corrompidos todo género de esclavitud; hoy, como en la época del primer triunfo de la cruz, solo él puede colocar en la conciencia de los pueblos el apoyo solidísimo de la autoridad soberana, y en el corazon de los reyes pensamientos benéficos que emancipen á sus pueblos sin perjudicar su gloria, su reposo y su verdadera prosperidad (1).»

La doctrina emitida por el arzobispo Affre es la del imparcial criterio; sus sólidos principios no ceden ante los argumentos de ninguna escuela extremada; la política que apoya es la de la íntima alianza de la prudencia con la fortaleza, y que fue desde el origen de su reinado la política propia de Pio IX.

No se ocultaban al venerable Affre las dificultades que tamaña política envolvía; por esto rogaba y exhortaba á sus fieles á rogar por el gran Papa, que á tales empresas se lanzaba; empero, á pesar de todo, suplicaba al Señor que confirmara en sus propósitos al virtuoso Soberano, pues creia que su conducta podia influir, no solo en el bien temporal de sus súbditos, sino en el triunfo moral de la santa Iglesia.

Las dificultades vinieron, el conflicto no se hizo esperar, el Pontífice fue blanco de la ingratitude mas negra, fue objeto de la persecucion de los que le entonaron el *hosanna*; sin embargo, la causa del Pontificado habia conquistado ya inmensas simpatías en las personas sinceras y en los hombres de buena fe de todas las escuelas. El Papa era considerado universalmente como una víctima.

(1) Pastoral del Ilmo. Sr. Affre sobre la situacion de Pio IX; 16 de setiembre de 1847.